

avanzando de la base de Chapultepec por el bosque y fuera de él, y cuya tentativa, dicen, fué rechazada por diversos regimientos de ambas brigadas de la división de Worth y aun por las tropas de refuerzo. Ni el parte de Scott ni el de Worth hacen mención de tal incidente, de que sí habla Santa-Anna en su "Detalle" y que, en mi concepto, se redujo á que, á la llegada de dicho jefe con la brigada Rangel y el 10. Ligero á Chapultepec, después de perdidos los puntos nuestros del Molino del Rey y Casa-Mata, estas nuevas fuerzas reconocieron el bosque y los demás contornos de la fortaleza de Chapultepec, que siguió cañoneando aquellos puntos, evacuados más tarde por el enemigo. El campo fué reocupado por las fuerzas de Santa-Anna, que, á su turno, se retiraron en la tarde. (92)

(92) Según nuevos apuntamientos particulares que á última hora me han sido comunicados, de la línea de batalla nuestra del 7 de Septiembre, fué retirado el 10. Ligero, al mando del comandante de batallón D. Leonardo Márquez, y apostado de orden de Santa-Anna (comunicada por su ayudante el general Zenea) en una calzada pequeña, á la derecha de la línea, para que, formado en columna, al llegar el momento oportuno á juicio del comandante, cargara á la bayoneta sobre el enemigo envolviendo su ala izquierda. No habiendo tenido lugar el ataque, á las cinco de la tarde fué traído el 10. Ligero á la Casa Colorada; de donde, á las doce de la noche, se tras-

La pérdida total del enemigo consistió, según el parte de Worth, en 9 oficiales muertos y 49 heridos, y 729 soldados entre muertos y heridos; total 787 hombres, que pasaron de

lado, por nueva disposición de Santa-Anna, á la garita de San Antonio Abad. Santa-Anna se presentó en este último punto en la madrugada del 8 y dispuso que Márquez y su cuerpo cubrieran alguno de los parapetos laterales. Al ver y oír desde allí el cañoneo sobre Molino del Rey, Santa-Anna se dirigió inmediatamente á este rumbo con Márquez y el 10. Ligero, atravesando potreros cortados de zanjas, entrando á la capital por el Salto del Agua y dirigiéndose á Chapultepec. Antes de llegar al fuerte, supieron por los dispersos, la pérdida de Molino del Rey y Casa-Mata. Al aproximarse Santa-Anna á la entrada del fuerte y cuando mandaba reponer ó acabar un parapeto que había en la calzada de Anzures, se vió que venía por ella, con artillería, una fuerte columna enemiga, y el general presidente dispuso que Márquez y su batallón salieran á detenerla. El comandante Márquez, que por su valor y pericia se había ya distinguido en la Angostura, prestó el 8 de Septiembre un servicio cuya mención no se podría omitir sin agravio de la justicia. Mandó armar bayoneta, se puso á la cabeza del 10. Ligero empuñando su bandera, y avanzó contra el enemigo, no obstante que el primer cañonazo de éste abrió calle en la columna mexicana. La contraría fué, no sólo detenida, sino rechaza-

800 con los dispersos. Muchos de los oficiales y soldados heridos murieron con posterioridad á la fecha del expresado parte. En toda la campaña no había habido función de armas en que se causara á los invasores pérdida tan grave como ésta. De la nuestra no hallo dato alguno digno de fe. Los prisioneros que nos hizo el enemigo, según sus partes, fueron 800, inclusive 52 oficiales, y deben haber pertenecido en su mayoría á la brigada León que ocupaba los Molinos. En cuanto á jefes y oficiales, además de los que ya he mencionado, murieron ese día el teniente coronel D. Juan Aguayo; el comandante D. Manuel Vázquez; los capitanes Gervasio Cárdenas, José María Olvera, Tiburcio González y Manuel Varela; los tenientes Juan Delgadillo, Rafael Sánchez, Manuel Ibáñez Enríquez, José María Uribe, Mariano Martínez, Miguel García y Francisco Hernández; y los subtenientes Julio Acosta, Macario Macías, Luis Martínez y Luis Arriaga. (93) Entre los oficiales heridos se contaba el alumno del Colegio Militar, D. Alejandro Argandar, que acababa de ingresar de subteniente en el 30. Ligerero, y que se batió bien ese día. *El resultado de la batalla, ya se ha visto en forma, y ya se ha visto cómo las fuerzas norte-americanas se replegaron á Tacuba ya y fueron recobrados por las nuestras los edificios de Molino del Rey.*

(93) Según lista formada por el general D. Alejo Barreiro, de los oficiales mexicanos muertos en la campaña.

Hemos visto que la numerosa división de caballería presente en el campo de batalla nada hizo de provecho, no obstante que su carga sobre el flanco izquierdo del enemigo en los momentos en que atacaba éste los Molinos y Casa-Mata, pudo y debió ser decisiva en el sentido de darnos la victoria. La confianza de Santa-Anna en el desempeño del papel confiado á la caballería, disminuye en parte de la responsabilidad de dicho jefe por el desbaratamiento y abandono de la línea formada el 7, pues casi seguro es, por lo menos, que con poco esfuerzo de tal división, las posiciones guarnecidas por nuestra infantería se habrían podido sostener el día 8 hasta la llegada del mismo Santa-Anna con la reserva. La indignación y el clamor popular con motivo de la conducta de la caballería no conocieron límite, y su jefe, el general Alvarez, dió tres días después un parte oficial (94) culpando formalmente al general D. Manuel Andrade de la inacción de las fuerzas á que me refiero.

Según el expresado parte, la caballería constaba de las divisiones de D. Juan Alvarez y de D. Manuel Andrade, á las órdenes del primero de estos generales. Al trasladarse de Tacuba á la hacienda de los Morales, venía á vanguardia la división de Andrade, que debió formar en el campo y se metió en la hacienda contra la orden expresa de Alvarez, teniendo que pernoctar la otra división el 7

(94) Obra entre los documentos presentados por Santa-Anna en su "Informe."

en el campo. Al romperse los fuegos el 8, dispuso Alvarez que las dos brigadas de su propia división avanzaran de frente hacia el llano para que la segunda división pudiera igualmente avanzar. "Desocupado ya el terreno—dice Alvarez—mandé prevenir al señor general D. Manuel Andrade que avanzase con la suya, interin otros ayudantes daban órdenes á los señores generales Juvera y Guzmán que ya tenían ordenadas sus columnas sobre la loma contigua á la en que estaba el enemigo, para que cargasen por su flanco en los momentos que la segunda lo haría por el frente: practicaron su movimiento aquellos jefes, y mi corazón palpité de júbilo cuando observé los vivas de entusiasmo que dirigían al supremo gobierno y á la patria sus ordenadas columnas; pero, por más que mandaba avivar el movimiento del señor general Andrade con su división, tenía el sentimiento de no verlo llegar y de que por su demora se escapaban los momentos que debíamos aprovechar para la carga. El señor general D. Tomás Moreno y otros jefes de mi estado mayor se multiplicaban en comunicar mis órdenes al expresado señor Andrade para que avanzase; pero no llegó á verificarlo sino hasta que el enemigo, para escaparse de la carga que le amenazaba, comenzó con sus fuegos de cañón á desorganizar las columnas que conducían los señores Juvera y Guzmán, las que no encontrando apoyo en su flanco izquierdo, se empezaron á desbandar, sin que fuese ya posible ordenarlas, no obstante el valeroso comportamiento de

los señores generales Torrejón y Guzmán, que siempre estaban al frente de algunas masas para dirigir la carga." Agrega Alvarez que cuando empezó á entrar la cabeza de la división de Andrade al punto adonde se le llamaba, una bala de cañón caída entre el regimiento de Húsares le desordenó é hizo retroceder, ocasionando esto que la brigada del general D. Angel Pérez Palacios que marchaba al trote, se encontrara sin terreno para entrar: que todavía quiso el mismo Alvarez, perdida la ocasión de dar la carga, que la caballería se mantuviera á la vista del enemigo para distraerle de sus operaciones sobre Chapultepec, y fué nuevamente desobedecido por Andrade, que se retiró hasta el olivar de la hacienda de los Morales; por último, que cuando, al terminar casi la acción, dispuso Alvarez que las brigadas de su propia división (la 1.ª) ocuparan la retaguardia de las lomas en que estaba el enemigo, y que la 2.ª división, formando dos secciones, ocupara con una de éstas el flanco de la misma loma, y con la otra el camino, todo con el fin de emprender una carga combinada si era posible, puso el expresado Alvarez al general Torrejón á la cabeza de las fuerzas de Andrade, á quien en la tarde despojó formalmente del mando de ellas, ordenándole que se presentara á la comandancia general.

Si de este parte resulta grave responsabilidad al general Andrade, también se desprende que el jefe superior pudo disponer de la división de aquel en los momentos críticos, una vez que la puso transitoriamente á las órde-

nes de Torrejón; y que la destitución que hizo en la tarde podía haberla hecho en la mañana si la hubiera conceptualizado necesaria. Aparte de esto, es indudable que aun cuando no se contara con más fuerzas que las de la 1a. división, eran bastantes por sí solas para cargar sobre el flanco izquierdo del enemigo en los momentos de su ataque á los Molinos y Casa-Mata; y que si un sólo cañonazo desordenó é hizo retroceder á uno de los cuerpos de la 2a. división, ya los primeros fuegos de la artillería de Duncan habrían causado análogo efecto en dos brigadas ó columnas de la 1a. división, como lo asienta el mismo Alvarez. En concepto de personas imparciales, para explicar la inacción é inutilidad de nuestra caballería, que en la Angostura no pudo aparecerse en Buena-Vista, que en Cerro-Gordo se retiró sin haber combatido. (95) y que en la batalla á que ahora me refiero se desbandó ó alejó á los primeros cañonazos, más bien que culpar á sus jefes, hay que atender á la defectuosísima organización de una arma "cuyos ataques—dice Alvarez—son muy precisos é

(95) En Amozoc se expuso inútilmente á las balas norte-americanas, y según el "Diario" de D. Juan Alvarez que obra entre los documentos del "Informe" de Santa-Anna, esta misma caballería de Alvarez ha estado constantemente á la espalda ó sobre los flancos del enemigo desde la salida de Scott de Puebla hasta el día de la batalla de Padierna, sin poder atacarle.

instantáneos y sólo deben practicarse cuando la fuerza á quien se ataca se desbanda ó desorganiza, á no ser en aquellos casos en que todo debe aventurarse." Esas masas de indígenas que no dominan el caballo y que, convertidos en verdaderas panoplias por la diversidad de sus amas, llevan consigo el mayor peligro, son más inútiles cuanto más numerosas; y también en esta parte nos sacaba suma ventaja el enemigo, que casi no utilizaba los caballos sino como trasportes de su infantería, haciendo á los cuerpos desmontar en los momentos del combate, y que no obraban como caballería sino fuerzas pocas y expeditas. En el presente caso es muy probable que unos mil hombres de la gente de Alvarez, desmontados y cubriendo entre Casa-Mata y los Molinos el centro que la víspera ocupaba la brigada de Ramírez, habrían sido mucho más útiles que el pomposo aparato de las dos divisiones á que me contraigo y que de nada sirvieron realmente como se ha visto.

He aquí ahora la relación que de los sucesos de aquel día hace Santa-Anna: (96)

"El día 8 á la madrugada, el enemigo atacó el Molino del Rey y la Casa-Mata con gran parte de sus fuerzas: el fuego vivo que hicieron nuestras tropas y la ventaja de nuestras posiciones le hicieron sufrir una pérdida de 1,000 hombres, como es notorio, habiendo sido rechazada su primera carga; mas la casualidad, que siempre estuvo á su favor, lo libertó de una derrota, porque la

(96) Página 109 de su "Informe."

caballería no operó como debía hacerlo, según testifica el adjunto parte de S. E. el general Alvarez, á la vez que las tropas que desde el Molino del Rey y Casa-Mata habían rechazado las columnas enemigas, salieron entusiasmadas á perseguirlas sin el apoyo de la caballería: y cuando las reservas del enemigo les cargaron, no atinaron á volver á sus posiciones, resultando la pérdida de éstas y de las seis piezas de artillería por la dispersión consiguiente, quedando así ilusoriadas mis combinaciones y mis órdenes; y á no presentarme en estos momentos con la columna que conducía desde la Candelaria, se hubiera tal vez perdido ese día á Chapultepec."

Explica Santa-Anna su presencia en la Candelaria al amanecer el 8 con motivo de los partes que desde la tarde anterior había estado recibiendo, de que el enemigo amagaba dicho punto. "Aquellos partes—agrega—se robustecieron con el que me dió de viva voz, á las cuatro de la mañana, en mi habitación, el general D. Antonio Vizcaino, á quien había mandado que observara al enemigo. Como me expuso "que no cabía duda hallarse aquel á la vista de la Candelaria, pues se advertía bien su campamento y las luces que toda la noche habían estado en movimiento," ordené en el acto que la brigada Rangel, que debía amanecer en Chapultepec para ocupar la posición del día anterior, marchase á la Candelaria; que el 10. regimiento Ligero siguiera su movimiento, y yo también me puse en camino con mi estado mayor. Al llegar á dicho punto, su comandante el gene-

ral D. Mariano Martínez me participó "que según los reconocimientos que sus descubiertas acababan de hacer, el campo estaba libre de enemigos." Disgustado por este chasco, vino á llamar mi atención la luz de unos cañonazos que advertí por Chapultepec, y no cabiéndome duda de que por allí era el ataque, como ya lo había presumido, destaqué uno de mis ayudantes para que hiciera contramarchar á paso veloz la brigada del general Rangel y el 10. Ligero, é incorporándome á esta fuerza, formé la columna de que he hecho mención y con que llegué al punto del combate."

Después de decir que cerca de Chapultepec encontró los arzones de las piezas y al general León y al coronel Balderas, que eran traídos á México, y supo que la caballería se retiraba por los Morales, habla de lo que él hizo al llegar á Chapultepec. "Incontinenti reforcé las fortificaciones establecidas en los dos caminos que van para Tacubaya y á la Casa-Mata y que formaban los flancos de derecha é izquierda de Chapultepec, é intenté recobrar los puntos del Molino del Rey y de la Casa-Mata; y aunque fueron inútiles mis primeros esfuerzos, conseguí, como á las tres de la tarde, que el enemigo se replegara á Tacubaya, quedando el campo por nuestras tropas. A esta operación contribuyeron mucho los fuegos certeros de la batería de Chapultepec. (97) En el resto de la tarde los cuerpos

(97) Se dice que alguna bomba ó granada hizo volar la pólvora que había en Casa-Ma-

dispersos acabaron de reunirse, y por el mal estado en que los observé, desistí de que permanecieran en los puntos que antes de la acción ocupaban, y los mandé á pernoctar á sus cuarteles, dejando en Chapultepec los restos de la brigada del general León, que quedó mandando su segundo el general graduado D. Juan Pérez de Castro, cuyo número se había reducido á menos de 400 hombres por los muertos, heridos y dispersos que tuvo."

Acerca de esta relación de Santa-Anna hay que advertir que si alguna parte de la guarnición de Casa-Mata salida al encuentro del enemigo no pudo volver á sus posiciones, como aquí se indica y como parece comprobarlo la aparición del comandante Rosas Landa y de otros oficiales en Molino del Rey, el grueso de dicha guarnición siguió ocupándolas hasta el fin de la acción. Los defensores de Molino del Rey no salieron de sus edificios á atacar exteriormente á los norteamericanos, lo cual fué hecho por el 3o. Ligero, ayudado más tarde por dos compañías del 2o. Ligero, y á última hora por el cuerpo de guardia nacional de Mina. No puede, pues, asignarse á la pérdida de uno y otro punto la causa indicada por Santa-Anna. En cuanto á la alarma habida en la garita de la Candelaria ó San Antonio Abad, no fué del to-

ta, pereciendo allí el teniente de artillería Armstrong, de la brigada Garland. Este oficial figura en el estado de muertos del enemigo.

do infundada, y la causó el reconocimiento que el teniente de ingenieros Beauregard fué enviado el 7 á hacer en el curso de la tarde y de la noche, de las fortificaciones nuestras en las calzadas y garitas del Niño Perdido y San Antonio Abad, según consta en el parte del mayor de ingenieros Smith, fechado el 26 de Septiembre; y aquí puede verse por la millonésima vez, de qué causas tan fútiles suele depender la pérdida de una batalla, pues si Santa-Anna y su reserva se dirigen al amanecer el 8 á Chapultepec en vez de ir hasta San Antonio Abad ó la Candelaria y tener que desandar más de dos leguas, habrían llegado en oportunidad de asegurar el triunfo. Respecto de que el general presidente y su columna evitaran ese día la pérdida de Chapultepec y obligaran al enemigo á evacuar las posiciones nuestras que había tomado, se ve en los partes todos del invasor que el plan de Scott se limitó á desmantelar la Casa-Mata y los Molinos sin atacar á Chapultepec, y que la retirada de sus fuerzas á Tacubaya después de lograrlo, fué consecuencia del plan mismo; si bien es innegable que les habría cabido más honra en conservar los puntos ganados, (98) para embestir desde ellos más de cerca á Chapultepec. Por lo demás, no es imposible que el enemigo al extender sus par-

(98) Muy costoso habría sido esto al invasor, á causa de lo dominante del fuerte de Chapultepec respecto de la Casa-Mata y los Molinos.

antes haya hecho aparecer en ellos su plan de ataque bajo el aspecto que más le convenia después de los sucesos; aunque, en obsequio de la verdad, nada hay que autorice á suponer que así haya obrado.

Antes de poner punto á este capítulo, y no obstante algunas repeticiones, debo insistir en algo de lo dicho sobre fuerzas y operaciones de uno y otro beligerante, á fin de resumir los hechos y apreciar, en lo posible, en conjunto, la batalla de que he procurado dar idea.

Se ha visto que en ella, de parte nuestra, sólo combatieron unos 4,000 hombres con tres piezas de artillería, fuera de la batería de Chapultepec; compuesta dicha fuerza de los cuerpos de infantería 4o. Ligeró y 11o. de línea en Casa-Mata con el general Pérez; de la brigada de León en los Molinos, y del 3o. Ligeró y dos compañías del 2o. Ligeró con Echeagaray en el exterior de los citados Molinos. La caballería no tomó parte activa, y Santa-Anna y su reserva han llegado al campo después de terminada la acción. (99) De la brigada Ramírez que ocupaba el día 7 el centro de la línea, no hay más indicio el 8 que la pequeña fuerza del 2o. Ligeró que se

(99) Después de ella, sólo hay que mencionar el rechazo de alguna columna de infantería enemiga por el 1o. Ligeró á las órdenes del comandante D. Leonardo Márquez, en la calzada de Anzures, según nota anterior en este mismo capítulo.

presentó á engrosar la de Echeagaray. No dice Santa-Anna si dispuso de tal brigada en la noche del 7, y acaso una parte de ella reforzara la Casa-Mata y los Molinos: lo cierto es que el 8 carecía nuestra antigua línea de centro, y que el ataque sobre él dispuesto por el enemigo vino á refluir, naturalmente, sobre nuestra posición de la izquierda por falta absoluta del repetido centro. Respecto de artillería, aunque Santa-Anna dice que había 6 piezas en nuestra línea, acaso dispuso de la mitad el 7 en la noche para reforzar las garitas, pues el enemigo recogió solamente 4 cañones, y expresa que uno de ellos había sido clavado y abandonado por fuerzas que del lado de Chapultepec avanzaron sobre los Molinos después de perdidos; es decir, por fuerzas que probablemente pertenecían á la reserva llegada fuera de tiempo.

Se ha visto igualmente que, aunque estima el enemigo en 3,500 hombres escasos la fuerza suya de combate, compuesta de la división de Worth, la brigada Codwalader (1a. de la división de Pillow) y la caballería de Sumner, con un total de 9 á 10 piezas de artillería, acudieron como reservas Pillow con su brigada restante ó sea la de Pierce, y Riley con su brigada (2a. de la división de Twiggs, quedando todavía la brigada Smith (1a. de la misma división de Twiggs) de observación en San Angel. Así, pues, el enemigo contó en el campo con unos 5,000 hombres de excelente infantería, siendo veterana toda su fuerza; y el haber relevado la brigada Pierce mo-

DE NUNO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO REYES

Año. 1825 MONTERREY, MEXICO

mentos después de la toma de los Molinos á las tropas que los conquistaron y ocupaban y que pudieron así emplearse en perseguir á las nuestras de allí desalojadas, demuestra que no fué tan pasivo, como lo indica el invasor en sus partes, el papel de las tropas suyas llegadas á última hora al teatro de la lucha.

Generalmente se ha criticado entre nosotros que la brigada León, que guarnecía los Molinos, no saliera de ellos á sostener al 30. Ligero en su combate en el exterior de dichos edificios; pero si se recuerda que tenía orden expresa de no moverse de sus posiciones, resultará que en su conducta se atuvo al cumplimiento de su deber. Por lo demás, no cesó un punto en sus fuegos desde los techos, muros y ventanas, y su defensa del interior de los Molinos, hecha de pieza en pieza y palmo á palmo hasta quedar cubierto de muertos y heridos el terreno, fué verdaderamente esforzada, por más que no tenga el brillo militar de la salida espontánea de Balderas con su batallón de Mina, del ataque y resistencia de Echeagaray y el 30. Ligero, (100) y del comportamiento de los defensores de Cu-

(100) El teniente coronel D. Miguel María de Echeagaray, llegó después al rango de general de división, y aún vive; pero hace años que la ingratitude de sus compatriotas conserva ocioso el brazo que tan alta y gloriosamente sostuvo la bandera de México en Molino del Rey.

sa-Mata que, antes de sucumbir, destrozaron y pusieron en fuga á los asaltantes. No fueron, ciertamente, menos notables el valor y la persistencia del enemigo al atacar reiteradamente nuestras posiciones, tomadas á costa de más de una tercera parte de sus tropas de asalto; y por más que la fortuna haya nuevamente coronado ese día su esfuerzo, hay que convenir en que otras dos ó tres victorias como ésta le habrían reducido á la condición de una patrulla.

Examinados los elementos y resultados de la función de armas, ocurre desde luego, que sus ventajas para el enemigo, limitadas verdaderamente al efecto moral del triunfo, puesto que ni capturó el material de guerra que se figuraba, ni siquiera conservó los puntos conquistados, no compensaron su pérdida positiva de gente, ni el peligro en que estuvo de sufrir un descalabro que le habría obligado á suspender sus operaciones en el Valle de México y á atrincherarse en espera de refuerzos, y que habría venido á justificar la arrogancia de Santa-Anna y de su ministro Pacheco en las negociaciones rotas tres ó cuatro días antes. El lector ha visto que, no obstante la inacción de nuestra caballería, la suerte de la batalla sólo ha dependido, racionalmente al menos, de la alarma causada por el reconocimiento que de nuestras garitas del Sur practicó la víspera el enemigo: y puede calcular los efectos del desenlace natural que los sucesos habrían tenido sin la intervención de la voluntad so-

berana que humilla ó exalta á los pueblos como á los individuos.

Gloriosa, aunque adversa, fué para México la jornada del 8 de Septiembre de 1847; (101) y si, antes que en las lomas de Tacubaya, no hubiesen albeado á centenares en las de la Angostura, Cerro Gordo y Padierna los cadáveres enemigos, la historia de esta sola jornada refutaría el aserto atribuido al general Grant—teniente en ella y con posterioridad vencedor de la Confederación del Sur y presidente de los Estados Unidos—de que nuestros soldados hufan al simple aspecto de las bayonetas norte-americanas. Si tal aserto, que el sentido común rechaza, hubiera sido expresado, las sombras de Martín Scott y tantos otros veteranos en cuya diestra fría quedó inmóvil la espada aquella mañana, surgirían en la conciencia del autor protestando contra su dicho.

* * *

El único objeto de Scott en las operaciones de este día, fué destruir la fundición de cañones de Molino del Rey, y todo lo que logró fué apoderarse de algunos moldes y formas. El plan primitivo se reducía á asaltar en la

(101) La conmemora un monumento de mármol erigido por la administración del general Comonfort en la parte exterior de los Molinos, en el lugar mismo en que sucumbió el coronel Balderas.

madrugada el edificio y, conseguido el expresado objeto, retirarse antes del día á Tacubaya con una baja de 20 á 30 hombres. Los reconocimientos efectuados el 7 hicieron ver que nuestra línea era más fuerte de lo que se suponía, y, á causa de ello, Worth, encargado del asalto, consiguió de Scott que no se diera de noche, sino al alba, y que se emplearan fuerzas más numerosas en tal operación. El mismo Worth pretendía que, una vez tomado el punto, el ataque se hiciera extensivo á Chapultepec; pero á esto se opuso formalmente el general en jefe.

La operación, en vista de sus incidentes y resultados, fué muy criticada por casi todos los demás generales, á quienes no se ocultó que el ejército invasor estuvo á punto de ser derrotado; que sus bajas fueron considerabilísimas; y que el haber abandonado pocas horas después, ante el cañoneo de nuestras baterías en Chapultepec, las posiciones cuya adquisición fué tan costosa, tuvo, no sólo á juicio nuestro, sino para las mismas tropas norte-americanas, la apariencia y los efectos morales de una derrota.

Hízose notar en contra de Scott que para inutilizar la fundición de artillería, dado caso que estuviera en acción, habría bastado cortarle el agua; que había aceptado, contra todas las reglas militares, el sitio de combate elegido por su enemigo; que había comprometido el lance dejando considerables fuerzas suyas de infantería en San Angel y Tlalampam; y que si una parte de las de Pillow lle-

gó tan oportunamente al campo para sostener y reforzar á la división de Worth é impedir su derrota, se debió á que el expresado Pillow había movido sus tropas por propia inspiración, antes de recibir la orden de Scott de que se dirigieran al teatro de las operaciones.

Tales fueron las principales observaciones hechas en el campo enemigo acerca de los sucesos de 8 de Septiembre, y que más tarde se repitieron y patentizaron con motivo de la contienda de que hablaré en su oportunidad, entre Scott y algunos de los demás generales.

XXIX

CHAPULTEPEC.

Reconocimientos del enemigo al Sur de la ciudad.—Resuelve Scott atacar á Chapultepec.—El punto y sus elementos defensivos.—Las baterías enemigas.—Bombardeo, asalto y pérdida de Chapultepec.—Reflexiones.

Aunque el general presidente no se desanimó con el resultado de las operaciones de 8 de Septiembre, y antes bien como triunfo nuestro las hizo aparecer por medio de repiques á vuelo y de circulares á los Estados, la conciencia de nuestra debilidad y la previsión del desenlace de la guerra, unidas á la aflicción y el luto por los heridos y muertos en

Padierna, Churubusco y Molino del Rey, y á la falta de gente por la emigración de multitud de familias hacia los puntos fuera del radio de la lucha, extendían sobre la capital una nube más triste y óbrega que las que anunciaban el ya próximo otoño. El desasosiego y el terror que en las horas críticas de la vida asaltan á las sociedades como á los individuos, apenas eran aquí modificados por la sobreexcitación de sucesos locales de más ó menos escasa importancia. Las señales telegráficas de las torres, el movimiento de las tropas, la fortificación de las garitas, las prevenciones y los pasos de la autoridad municipal, el descubrimiento y captura de depósitos del enemigo y las noticias de salida y aproximación de fuerzas nuestras, apenas divertían los ánimos, conturbados ante la gran calamidad que sobre nosotros avanzaba como el buitre sobre su presa.

Vino á aumentar la tristeza y el horror de aquellas horas inolvidables, la ejecución de los desertores del enemigo que formaron nuestra Compañía de San Patricio, que se batieron como leones, y que en número de unos 59 fueron hechos prisioneros en las acciones de 20 de Agosto. (102) La corte marcial reunida en Tacubaya el 8 de Septiembre juzgó á los 29 primeros, condenándolos á ser ahorcados. Por circunstancias atenuantes, el general en jefe conmutó á 9 de ellos la pena

(102) Todos eran irlandeses y habían sido soldados rasos en las filas del enemigo.